

EN CUENCA Y TARANCON

PROTAGONISTA: EL PÚBLICO

Tres eran las intenciones que la propia organización de la II Semana de Teatro en Cuenca declaraba antes de iniciarse las jornadas: Brindar al público conquesino la oportunidad de participar en lo que calificaba de uno de los hechos más dinámicos de la cultura de nuestro tiempo, inscribir el nombre de la ciudad en la relación de las realidades vivas y no en la de las añoranzas muertas, y proporcionar a los grupos de Teatro Independiente ocasión y lugar de reunión para unificar posturas y sedimentar motivaciones. Con mayor o menor fortuna los tres vinieron a cumplirse en cierto grado, pero, en especial, los dos primeros, sobre todo el anunciado en lugar preferente.

Como continuidad a la par que como diferenciación nació esta segunda edición con respecto a la que tuvo lugar en el mismo lugar de octubre de 1974. Con una misma entidad como organizadora, la Asociación de Amigos del Teatro (que contaba como base económica con la aportación de la Caja Provincial de Ahorros), la nueva ocasión vino a revalidar con creces cuanto significó la primera: una aproximación de los conquesinos a la realidad escénica española en lo que probablemente y en conjunto tiene de más vivo el panorama nacional de las tablas, el Teatro Independiente. Estas segundas jornadas, sin embargo, conllevaron, junto a una superior complejidad organizativa (siguiendo el modelo del I Festival Internacional de Vitoria del pasado octubre) una serie de notas diferenciadoras. En primer lugar la presencia —siempre deseable, pero aún más cuando la tónica es la ausencia del teatro infantil, que acusó a los propios centros



JOSE LUIS PINOS

de enseñanza, y, en segundo y principal el ser, a la par que oportunidad de montajes, encuentro de diálogo, discusión, estudio e investigación para los propios integrantes del movimiento del Teatro Independiente, propósito ya claramente perceptible en el programa de mesas redondas, ponencias y coloquios. La Segunda Semana tuvo así, frente a la Primera, ampliación de horizontes, motivaciones e intenciones.

De lo vivo y de lo muerto

Si de algo sirvió la Semana —aparte de constatar un interés milagroso por lo inesperado, oxigenador por lo exuberante, fenómeno

gozoso de que ahora tratemos— pese a fallos, pese a defectos, pese a cuanto salió imperfecto o no se hizo y se debió al menos intentar, pese a todo, fue para constatar la existencia, más o menos efectiva pero real, de un hecho que algunos pretenden minimizar y otros ignorar: el Teatro Independiente. Una forma de entender y sobre todo de acometer el hecho escénico confusa en su misma diversidad, en su heterogeneidad, en sus contradicciones, en sus planteamientos y métodos, a veces incluso en su propia inconcreción, constituye sin embargo casi —por no decir absolutamente en la práctica— el único intento hoy por hoy presente en nuestro depauperado panorama escénico de reparar en al-

guna forma una anquilosada si no moribunda vida teatral. Y de que propósitos y resultados —más o menos conseguidos pero constatables— obtienen eco y acogida da fe la masiva presencia con que un público típicamente juvenil refrendó representación tras representación superando todas las previsiones y todas las disponibilidades del local de la Casa de Cultura; y no sólo la presencia sino, sobre todo, y especialmente, el entusiasmo y la participación mostrados con auténtico fervor —lo que si no proporciona realmente prueba de calidad, sí de aceptación y de necesidad—. Y todo ello en una ciudad caracterizada, eso sí, por la existencia de un calendario cultural apretado, no se suele distinguir

ESCUELA UNIVERSITARIA DEL PROFESORADO
DE E. O. B. "FRAY LUIS DE LEÓN"
DE CUENCA
BIBLIOTECA